

ESPAÑA, EUROPA Y LOS ÁRABES EN EL MEDITERRANEO

Después del viaje de la Misión española que, presidida por el Ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, ha recorrido las naciones árabes independientes situadas al Este del Mediterráneo, ha quedado como uno de sus resultados esenciales, tanto en lo arábigo como en lo internacional, el de demostrar que España constituye el elemento más natural de enlace entre todos los árabes y Europa. Respecto a dicho enlace, se han hecho, tanto de parte española como de parte arábigo, diversas declaraciones que se referían a la posibilidad de que España y los árabes constituyan el núcleo inicial y esencial de un posible pacto del mar Mediterráneo, tan provechoso para los países europeos y americanos del sistema ahora llamado «Occidental» o del grupo atlántico, como para todo el Próximo Oriente y Oriente Medio en general. Pero resulta que la posibilidad, ahora claramente expresada, es, por una parte, el primer resultado de una serie de ideas que sobre la articulación colectiva del viejo mar clásico venían expresándose sueltas desde el fin de la segunda Guerra Mundial, mientras, por otra parte, eso viene correspondiendo paralelamente a otros esfuerzos repetidos que en diversos puntos se marcan para apoyar en el mismo sector una especie de humanismo nuevo. Así, pues, tanto en lo político como en lo espiritual, la cuestión de las relaciones hispano-árabes ocupa el centro de un conjunto de ideas, tendencias y posibilidades, del cual resulta necesario dar una referencia esquemática y objetiva.

Ante todo, el punto de partida de lo árabe y lo español es el de las ventajas de la firmeza y la claridad. Firmeza, porque unos y otros han sostenido posturas esencialmente originadas por el deseo de que exteriormente fuesen reconocidos sus derechos a vivir independientes, sin intromisiones ni interferencias, habiendo resultado que cuando la incomprensión de ciertos países ajenos ha cedido el paso a criterios más considerados hacia españoles y árabes, no ha sido porque éstos cambiasen, sino porque, plantados y empeñados en su razón, son los demás quienes han de acercarse a sus puntos de vista. Claridad, porque entre arábigos e hispanos no hay cuestiones, polémicas, ni motivos de recelo, ni necesi-

dades de propagandas artificiales elaboradas, lo cual ha hecho que cuando respecto a la Misión presidida por el Ministro de Asuntos Exteriores se ha hablado de «viaje de buena voluntad» y de «amistad de corazón», tales frases no son tópicos, sino axiomas. Así ha podido ser escrito y difundido por una Agencia de prensa norteamericana: «Es una realidad absoluta que mientras el mundo musulmán está agitado, Marruecos español permanece totalmente tranquilo», eso se debe «a la política realista que siempre ha sido la clave de España al tratar con los países árabes.»

De estos hechos proceden las conjeturas sobre las ventajas que para Europa y para el ahora llamado «Occidente» pueden derivarse de utilizar a España como «mediadora natural» en los pleitos de las grandes potencias con los árabes y con otros próximo-orientales, que desde hace algunos años se muestran desconfiados y a veces incluso hostiles hacia algunas de esas potencias, sea por indignación exaltada o por decepción deprimida. También apoya las conjeturas el darse cuenta de que, tanto por lo territorial como por lo humano, y por la historia como por la cultura, España, sin dejar de figurar en el mapa de Europa y de tener un fundamento constitucional europeo, es también no sólo un puente hacia el Norte de África y el Próximo Oriente, sino uno de los elementos esenciales que siempre han dado forma a los valores profundos del doble conjunto norteafricano y levantino. Así, pues, de lo concreto y positivo de un posible aprovechamiento actual se viene a parar necesariamente a la consideración de la relación física permanente entre los tres factores hispano, árabe y europeo, en el marco geográfico eterno del Sur.

Ante todo, hay que partir del punto de vista inicial que en el Mediterráneo fué el marítimo, del cual sólo muy tarde se derivó y llegó a predominar por imposición el otro sentido continental de tierra adentro que hasta hoy ha venido aceptándose. El Mediterráneo siempre ha servido para demostrar lo que recientemente ha llegado a ser un principio fundamental de la ciencia geográfica revisada. O sea el de que no existen fronteras naturales de montañas ni de ríos, que las fronteras terrestres no son realidades originarias ni primarias y sólo fueron inventadas en su forma lineal absoluta hacia el siglo xv. En la antigüedad eran unas fronteras de hecho las zonas vacías con desiertos, bosques, etc., por lo cual la vida se volvía hacia las zonas llenas, entre las cuales los mares cerrados predominaban por facilidades de alimentación y comunicación. En el Mediterráneo, que fué el esencial, tanto por las facilidades que daba el clima como por haber nacido en sus bordes o cerca de ellos las primeras civilizaciones completas y los primeros grandes Estados, todo se hizo marítimamente, es decir, con igual participación de los pueblos de las orillas de arriba y las orillas de abajo. Los cretenses del lado Egeo y los fenicios del lado que hoy es árabe esparcieron sus factorías y bases a veces mezcladas y superpuestas. Grecia tomó directamente de Ara-

bia el Apolo solar y a Hermes, divinidad del comercio, mientras Venus procedía de la marítima forma desnuda de la Astarté púnica. Con Roma, los árabes de Jordania y Siria interior llegaron a ser, gracias a los españoles Trajano y Adriano, la barrera del Imperio mediterráneo universalista y latino contra los parthos de un Oriente hinduizado, entonces exótico. También fué lo panmediterráneo del alejandrino, siglo tras siglo. Y la organización del cristianismo entre Palestina, Roma, Constantinopla y Cartago. Y el Derecho llamado «romano», en cuya elaboración tomaron parte sirio-libaneses, como Papiniano y Ulpiano. Un emperador árabe, es decir, Felipe, celebró las fiestas del milenario de Roma. Bizancio, luego, recogió de Siria su música y sus cúpulas. La España medieval cristiano-musulmana, dentro del Califato árabe de Córdoba, conservaba un fondo latino. Italia del Renacimiento absorbió elementos arabizantes que le llegaron de Andalucía a través de los reinos de Aragón. Y hasta los creadores del Imperio turco de Estambul, a última hora, resultaron ser descendientes de los hittitas de la antigüedad.

Así, pues, se ve que los habitantes de los países y territorios que ahora forman parte del llamado «mundo árabe» (es decir, de aquel en que predomina el uso del idioma nacido en Arabia) estuvieron siempre viviendo y actuando dentro del conjunto común de la cultura mediterránea e incluso llegaron a figurar entre sus principales dirigentes o formadores. No es extraño que la mayor parte de las cosas que han sido definidas como características de Europa y distinguidoras del espíritu europeo sean también características de Egipto, Siria, Arabia o Argelia. Por ejemplo, se ha escrito en italiano, por algún autor rumano, que «sono tre gli elementi fondamentale dell' Europa: un concetto formale che appartiene alla visione ellenica del mondo, una idea politica del *imperium* che dobbiamo al mondo romano, una essenza spirituale che appartiene alla dottrina cristiana». La misma teoría era la de Paul Valéry, afirmando en francés que «l'esprit européen c'est à la fois l'esprit romain: loi, ordre, organisation; l'esprit grec: raison, mesure; et l'esprit chrétien: charité, idéal, beauté». Ahora bien, si Arabia y Siria dieron a los griegos el elemento de equilibrio esencial con lo apolíneo, a los romanos juristas y emperadores, como toda la dinastía siríaca de los Severos, y en el cristianismo figuraban no sólo con los Varones Apostólicos que acompañaban al Apóstol Santiago, sino con los Obispos de Arabia que en el Concilio de Nicea apoyaron al Obispo español Osio en la definición del Credo, no es posible que el arabismo, dejando sus nexos de siempre con lo europeo del lado mediterráneo, pueda ser artificialmente relacionado con el Africa negra, de la que le separa el desierto. Ni diluido de modo fantástico en un impreciso asiaticismo panteísta, del que los realistas hijos de los luminosos desiertos resecos fueron siempre los mayores enemigos. Pues al margen de los primeros Imperios macizos agrícolas, hieratizados, del Antiguo Oriente, los autóctonos de Arabia y los

númidas norteafricanos fueron los primeros irreductiblemente fieles a la hombridad como misión y la conciencia afirmadora de la libertad, que aún no hace mucho tiempo definía sagazmente Enrique Gómez Arboleya como caracteres fundamentales en lo europeo. Al fin y al cabo, incluso la Europa de la mitología clásica se suponía ser hija de un reyezuelo fenicio del Líbano, es decir, de la cabecera intelectual en el mundo árabe de siempre.

Lo que ocurrió con la disociación de lo europeo y lo arábigo fué que mientras en la Edad Media y en el Renacimiento los países latino-germánicos estaban vueltos de cara al Mediterráneo, con los nuevos descubrimientos oceánicos dichos países se volvieron cara al Atlántico, casi a la vez que el nacimiento y la expansión de la Reforma protestante acentuaba el proceso de pluralización que el feudalismo había iniciado, haciendo contrapeso a los universalismos mediterráneos de la Iglesia de Roma, de Bizancio o de los primeros imperios musulmanes. Así, hubo en lo interior y lo exterior europeo dos líneas de fractura, mientras más al Sur lo árabe parecía desaparecer y extinguirse anulado por predominio del Imperio otomano de Estambul, que representaba un factor de pluralización. Sólo en tiempos recientes, cuando las nuevas comunicaciones terrestres, marítimas y, sobre todo, aéreas, a escala mundial, han juntado los Continentes, el Mediterráneo ha vuelto a quedar como centro del mundo en lo geográfico. Y sus posibilidades universalistas han vuelto a resultar evidentes, después que el curso de la segunda Gran Guerra de 1939 a 1945 mostró que uno de los mayores errores cometidos por Alemania fué desconocer la trascendencia mediterránea en el destino histórico de Europa y desdeñar la posesión del Próximo Oriente (que en 1941 estaba abierto y propicio), prefiriendo acceder a Rusia por las estepas interminables, unas veces heladas y otras fangosas, en vez de hacerlo por los caminos más cortos y abundantes en petróleo de los países árabes y Persia. En cambio, los anglosajones, como tenían Egipto, Siria y luego Africa del Norte, pudieron conseguir Italia, el Rhin y la victoria.

Por el recuerdo de la importancia del factor meridional en el triunfo; por la presión rusa sobre las fronteras turcas y griegas; por los proyectos llamados de «Euráfica», que, con nuevas rutas a través del Sáhara, llevan las influencias del Sur europeo hasta el Trópico negro; y por la reaparición del olvidado factor árabe gracias a la creación y desarrollo de nuevas naciones arábigas independientes y coligadas entre sí desde 1945, comenzó a pensarse en la conveniencia de articular las posibilidades de recuperación y defensa del Mediterráneo en un sistema permanente. La idea surgió en Turquía en julio de 1947, siendo enunciada por el entonces Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de Ankara, Numan Menemencoglu. En abril de 1948, Negmeddin Sadak, sucesor de Menemencoglu en su cargo, llevó al terreno de las gestiones directas lo que había sido proyecto verbal, y para ello elaboró con su colega heleno

Tsaldaris el texto de un proyecto que, sobre todo, tendía a organizar defensivamente el sector mediterráneo próximo-oriental o levantino; pero el plan Sadak-Tsaldaris fracasó porque los países de la Liga Árabe, que eran en él elemento esencial, estaban entonces desorganizados por tener que afrontar sin preparación el problema de Palestina. En 1949 se presentó otra nueva dificultad para el proyecto turco-griego, y fué que las potencias anglosajonas sólo querían que en el Mediterráneo hubiese enlaces regionales secundarios, derivados del Pacto Atlántico, hasta que, en septiembre, se contentaron con el Pacto Atlántico, del que Turquía y Grecia fueron excluidas, aunque en París se instaló un «grupo de Europa meridional» como anejo parcial, más de observación que de acción.

1950 y 1951 fueron años de transición, en los cuales los turcos no cesaron en su idea de ir procurando darle un carácter en cierto modo «panmediterráneo» a todo lo que hacían en política exterior. Así, por ejemplo, al firmarse en Roma, en marzo de 1950, el Pacto de amistad italo-turco, los dirigentes de Ankara se empeñaron en recalcar su carácter mediterraneísta. En noviembre del mismo 1950, y en la Asamblea de Estrasburgo, el delegado turco Osman Kapani fué quien primero planteó en un discurso la necesidad de contar con España como elemento fundamental de la defensa europea y mediterránea. Y el 7 de junio de 1951, un grupo de siete senadores estadounidenses presentaron en Washington un texto de resolución que no tuvo éxito, en el cual pedían que Norteamérica ayudase oficialmente a que los Gobiernos de España, Turquía, Grecia y otras naciones vecinas hiciesen Pactos defensivos de conjunto.

Al comenzar 1952, los círculos diplomáticos árabes de la capital egipcia fueron el nuevo centro de la idea del Pacto, después de llegar a un punto muerto los esfuerzos angloamericanos para hacer triunfar su plan regional de defensa del Próximo Oriente, y se hizo constar expresamente lo indispensable de la acción común árabe-española en ese Pacto, en la declaración que a la prensa española hizo en París, durante la sesión de la O. N. U., el Secretario general de la Liga Árabe, Abdurrahmán Azzan Pachá, añadiendo: «Los árabes tenemos con España muchas afinidades, más que con cualquier otro país del Mediterráneo, de modo que nuestra política en el porvenir debe basarse sobre ese principio.» En marzo, el Ministro de Asuntos Exteriores español declaró en Londres a un corresponsal de la Agencia «United Press» que le parecía atractiva y lógica la idea del Pacto, pero que no entendía cómo podía hacerse sin consultar con España, que es el guardián de sus puertas. En marzo, y en la Conferencia de la N. A. T. O. en Lisboa, fué el Ministro de Negocios Extranjeros de Portugal, doctor Paulo da Cunha, quien, al plantear con insistencia el problema de la articulación de España con el sistema defensivo del mundo occidental, entre las tres sugerencias que propuso para ello figuró la del Pacto Mediterráneo. (En el cual Portugal tendría también un interés casi directo.)

Después tuvo lugar el viaje a los Estados árabes del señor Martín Artajo, con motivo del cual los comentarios de los principales órganos de opinión en algunos de esos Estados han hecho notar que, fracasado el plan de defensa que las tres principales potencias del lado occidental hicieron sin contar con el concurso previo de los países interesados (salvo la excepción de Turquía), el papel de España como intermediario para una posible negociación futura de acuerdo general sube de importancia, puesto que la entrada y la salida del Mediterráneo están en territorios españoles y árabes precisamente. Y algún diario tan destacado y serio como *Al Muqattam*, de El Cairo, ha llegado a añadir una sugestión de que para reforzar el elemento intermediario negociador pudiera llegarse acaso a articular las naciones de lengua árabe con todas las de lengua española y el resto de las del Próximo Oriente y Oriente Medio en un sistema de enlace mundial de pequeñas naciones, del que España sería el centro. Oficialmente, ni España ni los poderes responsables árabes han llegado a enunciar pretensiones de tal vastedad, pues las alusiones que a la relación árabe con los países de la hispanidad en América a través de España han sido hechas continuamente a lo largo del viaje, desde el mensaje del Generalísimo Franco a las declaraciones del Ministro español al salir de El Cairo, se han referido principalmente al carácter complementario de las dos relaciones cordiales paralelas que España mantiene hacia los pueblos de lengua árabe y española.

Desde el punto de vista de lo europeo, en su faceta meridional mediterránea, comentarios hechos a última hora en los sutiles ambientes sirio-libaneses (que actúan y piensan dispersos desde sus países a Nueva York, Río de Janeiro y Buenos Aires, pasando por París y Roma) apuntan que incluso la personalidad y la orientación atlántico-americana en lo español no contradicen el papel europeo de España, sino que lo confirman. Citando, como ejemplo señalado entre varios posibles ejemplos, el que el sentido universalista y humanista que caracteriza al antiguo ancho clasicismo de la romanidad, España es quien lo representa hoy mejor que nadie, pues el hecho mismo de la generosidad, la formación a su propia imagen y el predominio de lo universitario en la creación hispanoamericana prueban que hoy, como en los tiempos de Trajano, el meridiano del sentido universal en lo mediterráneo cruza por la Península Ibérica. Y a este respecto, es muy útil señalar el caso actual de Salamanca, donde el Gran Patriarcado de la Iglesia maronita (católica de fe y a la vez árabe de lenguaje) tuvo empeño en instalar el Seminario de San Efrén, que allí funciona hace años como centro de formación y ampliación, estimando que Salamanca mantenía una brillante tradición genuina de doble universalidad emocional y letrada.

Así se vuelve dando una vuelta circular al punto de partida, y si los comentarios sobre universalismos de sentimiento y de juricidad se derivaban de los proyectos políticos de Pactos mediterráneos, éstos, a su

vez, tienen en cuenta como antecedentes el sentimiento de firmeza y quieta dignidad agarrada al suelo de españoles y árabes, sentimiento que a la vez procede de lo esenciales que dichos suelos son en lo continuo del Sur del mar clásico y de los contenidos que le distinguen a través del tiempo. Viéndose también lo español como el centro de referencia más quieto y seguro posible para los proyectos de restaurar un espíritu mediterráneo común, tanto en lo ideológico como en el empeño de que el mundo vuelva a medirse con medidas de lo humano. Para lo cual ya se vienen haciendo, desde 1949, varios esfuerzos sueltos en Marsella, Roma, Florencia, Atenas, Alejandría, El Cairo, Beyrut y Argel, pero careciendo siempre de un punto fijo de equilibrio y cohesión que sólo puede dar un sitio de conexión tradicional entre lo arábigo y lo neo-latino. Es decir, España, la «Al-Andalus» del jalifato que tuvo su cabecera en Córdoba, ciudad de Séneca y Averroes.

RODOLFO GIL BENUMEYA

